

la dislexia:

DESCONOCIDA, CUANDO NO, IGNORADA

JOSÉ QUINTANAL DÍAZ

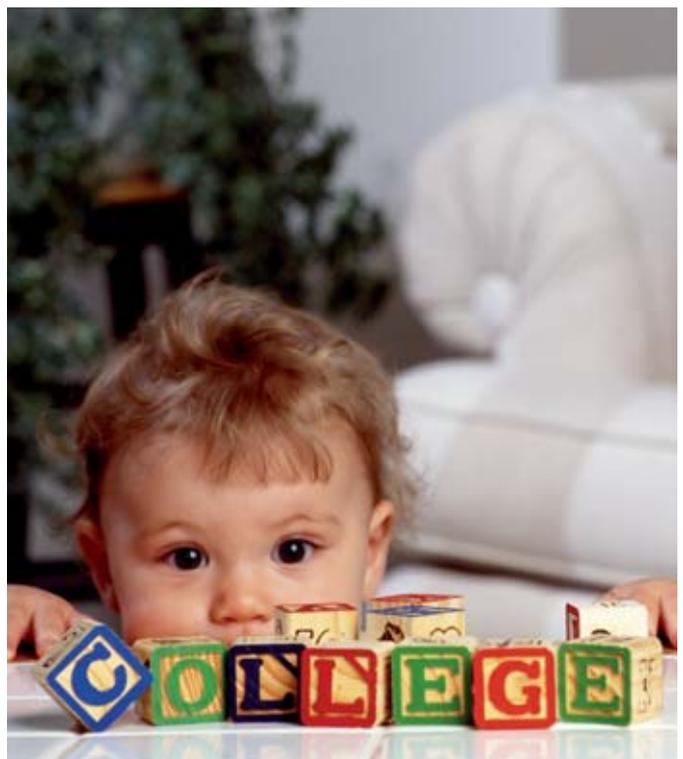
CES DON BOSCO, Centro adscrito a la Universidad Complutense de Madrid
quintanal@cesdonbosco.com

Cuando hablamos de dislexia, y de su presencia en la convivencia cotidiana, tanto del aula como de la familia, la primera palabra que nos viene a la mente es “paradoja”. Por una razón bien sencilla, en la que tiene mucho que ver el título de este artículo: la dislexia resulta una gran desconocida para nuestra escuela y, sin embargo, convivimos con el problema de una forma generalizada. Si las estadísticas actuales sitúan en torno al 10% el número de escolares que sufren este problema, claramente la cifra nos llevaría a plantearnos hoy la presencia de al menos uno o dos casos en cada una de nuestras aulas. La cuestión es si se le brinda la necesaria atención o, por el contrario, son ignorados y se obvian sus dificultades para aprender.

¿De qué hablamos? La dislexia es un problema que influye directamente en la capacidad comunicativa de los sujetos. Se trata de una dificultad que presenta el niño, sin tener cualquier otra causa de índole neurológico o sensorial, intelectual, cultural o emocional, cuando adquiere su destreza en la lectura y en la escritura, con un nivel inferior al esperado por su inteligencia o por su edad. Es de origen cognitivo y afecta a sus habilidades lingüísticas, de manera particular al paso de la codificación visual a la verbal, a la memoria a corto plazo (también denominada memoria de trabajo), a la atención y la coordinación. Además, la dislexia afecta a la orientación y a la percepción del orden y de las secuencias de carácter espacio-temporal. Por eso, su manifestación primera aparece con la adquisición y el desarrollo de la socialización comunicativa. El niño llega a la escuela después de sus primeros años en los que ha formado parte de una familia, y donde ha ido conformando un estilo particular de comunicación (oral). Con la escolaridad, aparece su primera dificultad, al verse obligado a aprender un lenguaje socializado, que le dota de estructura (norma) a su comunicación. Éste no siempre resulta un aprendizaje fácil.

Y por esta misma razón, nos parece una auténtica osadía hablar de un problema disléxico antes de los cinco años de edad. Es éste el período escolar en el que pretendemos centrar nuestra reflexión, pues la prevención es el único arma con que contamos para resolver los problemas que en el aula se “viven”. Como decíamos a la hora de definir el término, éste resulta directamente relacionado con la función comunicativa del lenguaje, y por lo tanto, mientras ésta no se

La dislexia resulta una gran desconocida para nuestra escuela y, sin embargo, convivimos con el problema de una forma generalizada. Es de origen cognitivo y afecta a sus habilidades lingüísticas, de manera particular al paso de la codificación visual a la verbal, a la memoria a corto plazo (también denominada memoria de trabajo), a la atención y a la coordinación.



Caminando juntos

En el período infantil, la implicación de la familia resulta fundamental en toda intervención educativa, y también cuando nos encontramos con problemas del lenguaje. Desde el hogar, es posible apoyar y enriquecer los procesos formativos del aula, de dos maneras complementarias:

En primer lugar, facilitando en el hogar la generación de situaciones de interacción expresiva, donde del niño pueda ser “escuchado” y valorado en sus expresiones y explicaciones personales, de modo que se le confiera valor e importancia al hecho comunicativo.

Y en el plano emocional, valorando las acciones y actividades que desarrolla el niño, estimulando su creatividad y reforzando en sentido positivo su autoestima. Para el pequeño, el refuerzo de sus progenitores supone un apoyo y una seguridad, necesarias cuando los signos de riesgo puedan confirmarse en un problema disléxico.

La familia es un modelo expresivo para el sujeto, que le resultará un referente toda su vida. Que este muestre interés por la corrección, y lo haga desde el estímulo, la confianza y la valoración positiva del logro, contribuirá a que éste se integre en el entorno social con confianza y efectividad.

encuentre debidamente formada, no podemos aventurar una dificultad que se sitúe más allá de los problemas que siempre aparecen en los primeros pasos de todo aprendizaje. Cualquier enseñanza cuenta, y se da por supuesto, como algo lógico, con un periodo de afianzamiento en el que los sujetos, en este caso nuestros pequeños, realizan una aplicación incorrecta del mismo. Si bien sus avances irán progresivamente apuntando al afianzamiento de la destreza y al uso perfectivo del aprendizaje; mientras tanto, no debe extrañarnos que se manifiesten rasgos de incorrección en el lenguaje infantil, que de ningún modo pueden ser caracterizados como síntomas de dislexia. Cuando los niños aplican sus aprendizajes lingüísticos de modo autónomo, se recrean con la escritura de sus primeras letras, o con el descubrimiento mágico que hacen al sentirse capaces de interpretar el contenido de un escrito, leyéndolo, o escribiéndolo, solos. Es un momento importante para ellos donde, como sucede con cualquier aprendizaje, cuando se está adquiriendo, el error simplemente resulta normal, y con esa normalidad tenemos que verlo; que un niño escriba símbolos en espejo, altere el orden de los grafemas o represente alterada la grafía de una palabra, son fallos que se cometen en el contexto de un juego, el que para ellos representa el lenguaje, y al que se entregan con profusión auténticamente lúdica. Buscan, en realidad, recrearse en su aplicación, y disfrutar con esa capacidad personal, incipiente aún, en la que están comenzando a utilizar por sí mismos, una

simbología que hasta entonces estaba ahí en el entorno, pero que eran incapaces de descubrir, salvo que contaran con la ayuda de sus mayores. Ahora se sienten igual que ellos, mayores, y juegan con ese lenguaje al que poco a poco irán “domando” y haciendo suyo.

Así es. Durante el periodo de aprendizaje, no tienen que verse de modo extraño los errores en la lectoescritura. Podemos comparar el hecho con otro aprendizaje que también tiene lugar de forma paralela, y cuyo procedimiento de adquisición también resulta dubitativo: montar en bicicleta. ¿Quién no se cae alguna vez, echa el pie al suelo, o debe contar con ruedas supletorias que le faciliten el apoyo durante el proceso de adquisición de su destreza? Los primeros estadios de la lectoescritura, resultan igual de desconcertantes. Ahora sí, ahora no, ahora acierto y aquí me equivoco, esto lo hago bien y más allá, me pierdo..., desconcierto que progresivamente irá ordenándose, a medida que sus aplicaciones vayan siendo más exitosas y su comunicación vaya integrándose en un dominio propio de su maduración personal. Para lo cual, es necesario el apoyo constante del adulto que refuerza, corrige, ayuda y estimula.

Por ello, y de un modo técnico, en la escuela infantil, se habla de “signos de riesgo” en el aprendizaje de la lectoescritura, y nunca de dislexia. Es un momento en que el niño, o la niña, se encuentran aprendiendo, adquiriendo la destreza comunicativa y controlando cuantos recursos implica su mente y su mano para “acertar” en aquello que una norma impone. Leer, lo mismo que escribir, son procesos que requieren controlar numerosos elementos psicolingüísticos; únicamente, el refuerzo constante a las aplicaciones permitirá ir poco a poco “puliendo”, tornándolas en ejercicios perfectivos. Durante ese periodo hemos de mostrarnos prudentes y pacientes.

Aunque la prudencia tampoco debe llevarnos al polo extremo, convirtiendo la paciencia en pasividad. Resultaría igualmente negativo para un niño que se ignoren sus incorrecciones, como dejarle campar a sus anchas por el vasto mundo de la comunicación escrita, profiriendo errores continuos que a base de repetir en su aplicación, además corren el riesgo de afianzarse en la mente del pequeño y enquistar malamente su aprendizaje. En este sentido, es necesario que los padres y maestros de niños en edad escolar, previa a esos cinco años que señalamos (tomemos esta edad como una referencia, pues resulta evidente que cada niño sigue un desarrollo madurativo diferente, el cual marcará su aprendizaje, en tiempo y forma muy particular), se muestren cautos ante las evidencias de error que

¿Qué es?:

DISLEXIA:

- Dificultad de aprendizaje, de la lectura y la escritura.
- Ausencia de alteraciones neurológicas o sensoriales.
- Afecta a las habilidades lingüísticas de la comunicación:

En el paso de la comunicación visual a la verbal

- Memoria de trabajo
- Percepción
- Orientación espacio-temporal



Antes de los cinco años no es posible diagnosticar un problema disléxico, por eso, en el período de escolarización infantil se habla de signos de riesgo que determinarán la normalización del aprendizaje de la destreza comunicativa de los niños. Únicamente después de esa edad, cuando se ha completado la adquisición de la destreza, si se comprueba que ésta no se ha logrado con efectividad mediante el oportuno diagnóstico, será posible hablar de dislexia.

La prevención de la dislexia requiere que la escuela infantil diseñe su metodología de trabajo tomando en consideración tres factores psicopedagógicamente fundamentales: la seguridad emocional del niño, una didáctica activa de carácter multisensorial y un contexto favorecedor de la comunicación interpersonal.

Hoy día, las metodologías escolares priman criterios interpretativos, relativizando los procesos de comunicación del aula. Se favorece la interpretación gráfica y se menoscaba la interacción oral. No debe primar una sobre la otra, sino apoyarse de forma complementaria. Cuando en la "asamblea" se acompaña la expresividad del niño, del refuerzo visual de la escritura, la riqueza comunicativa y el rigor pedagógico del recurso, tendrá un efecto multiplicador sobre el aprendizaje de los niños.

A todo ello añadamos el valor educativo que tiene desarrollar el proceso de un modo colaborativo, complementando la actuación del aula con la del hogar (lo cual requerirá aportar a la familia orientaciones precisas), lo mismo que la que corresponda en la escuela a los distintos agentes educativos que participen. Trabajo en equipo, pedagogía multisensorial y clima comunicativo, serán el mejor combinado para contrarrestar los efectos que puedan tener esos signos de riesgo.

su pequeño pueda presentar, instándolo a corregirlo, en un clima de absoluta normalidad, es decir, enseñándole, porque está aprendiendo. No se trata de corregir, sino de educar el pensamiento para actuar de acuerdo con una norma que se impone únicamente porque nos permite entendernos. Y le estamos enseñando a hacerlo bien, indicando cuál es la grafía mal escrita, la palabra incorrectamente pronunciada o la linealidad que debe marcar un trazo estilísticamente adecuado. En ese clima de normalización será como el pequeño nos podrá ir devolviendo manifestaciones de su destreza, adquisiciones perfeccionadas poco a poco, con esfuerzo y tesón, que llevarán a evidenciar un cierto dominio básico del lenguaje, con el que se pueda comunicar en el contexto de su cotidianidad.

Únicamente cuando encontremos que esas manifestaciones de dominio resulten escasas, o se aprecie una cierta generalización del error, pero en un marco de asistematización y con cierta anarquía expresiva, es decir, cuando el aprendizaje no ha conseguido regularizar la norma existente en el uso del recurso lingüístico (oral o escrito), podemos ir pensando en plantear ejercitaciones de carácter correctivo. Éstas, por supuesto, deben siempre ser dirigidas por la especialización y el conocimiento que de la materia demuestra el técnico, y no desde la voluntad del hogar ni la ocupación o la aplicación de tareas en el aula. Toda intervención, incluso preventiva, debe responder a un diagnóstico preciso y estar debidamente planificada. Hoy contamos en la escuela infantil con profesionales que, conociendo la problemática, son capaces de diseñar un plan de actuación coherente, adecuado y organizado, cuyo seguimiento nos permitirá canalizar oportunamente, la necesaria actuación pedagógica.



En este sentido, la escuela ofrece muchas posibilidades de actuar, por lo que animamos a los profesionales de la educación, de un modo conjunto, colegiado, colaborativo, enriquecedoramente, a intervenir cuando esos "signos de riesgo" confirmen su relación con el síndrome. No de un modo indiscriminado, pero sí con fundamento y localización. La actuación educativa (entendemos que la iniciativa nunca puede venir de la familia, atribuyéndole el papel de agente de intervención que es orientado/dirigido, por el profesional escolar) debe responder a un plan establecido, con unos fines que orienten todo el proceso de actuación y faciliten la evaluación del mismo.

Cuando esto así sucede, tres son los aspectos que debe abarcar indefectiblemente la intervención escolar. Los tres necesarios se complementan mutuamente:

ENSEÑANZA DE LA LECTOESCRITURA

- Atención:** signos de riesgo en la adquisición de la destreza.
- Normalización:** educar el pensamiento vs. corregir las ejecuciones.
- El error:** un juego lúdico que facilita el aprendizaje.
- Objetivo:** dominio básico del lenguaje.

- En primer lugar el ámbito emocional del sujeto. Es muy, pero que muy importante, que el niño mantenga un nivel alto de autoestima durante el proceso, pues la relación con sus semejantes le llevará fácilmente a compararse, cuyo resultado, al ver que no consigue leer o escribir como sus compañeros, puede ir minando su resistencia

Aspectos que debe considerar la intervención educativa de carácter preventivo en la EDUCACIÓN INFANTIL:



Ámbito emocional: autoestima.

Dominio específicamente lingüístico:

- Metodología multisensorial.
- Aprendizaje activo.
- Comunicación simbólica y expresión oral del pensamiento.

Contexto comunicativo.

(“resiliencia” es el término adecuado para definirlo), y por ende, reduciendo el esfuerzo aplicado. Salvo que sus progenitores o sus educadores, personas a las que los niños magnifican en extremo, manifiesten lo contrario, y con su actuación relativizadora eviten que caiga en el desánimo, y lo estimulen con ahínco constante. Este primer factor, como se ve, por presentar un carácter emocional, debe ser controlado por los adultos, dejando que el niño se embauque con el clima de normalización que habrá perfumado el entorno de aprendizaje.

- En segundo lugar, el dominio específicamente lingüístico debe ser cuidadosamente estudiado, al objeto de facilitar al niño los recursos necesarios que le ayuden al dominio de aquellas destrezas, o habilidades, o conocimientos, que o bien no le aporta el proceso de aprendizaje lectoescriptor, llevado a efecto en la programación escolar, o le impide su propia limitación personal. En este sentido, la pedagogía debe afinar claramente en el programa de intervención que oriente dicha pauta, para lo cual se cuenta con muchos recursos en la literatura especializada, algunos de los cuales, por su efectividad, recogemos en la bibliografía temática de este artículo.

Desde el punto de vista didáctico, el sentido preventivo de nuestra actuación como educadores nos llevaría a diseñarla en base a metodologías en las que se prime el desarrollo de aprendizajes activos, manipulativos, de carácter experimental (multisensoriales), que generen un conocimiento ideovisual que prime la comunicación simbólica y la expresión oral del pensamiento.

- Por último, y no por ello menos importante, decir que entendemos que este proceso de actuación debe complementarse generando un contexto comunicativo. Será muy importante mantener éste enriquecido, variándolo constantemente para estimular el interés y la motivación personal de los pequeños, impeliéndolos de manera intrínseca a comunicarse (entre sí, en el contexto, con sus compañeros, con los progenitores y acompañantes...), del modo en que sucede, volviendo a la metáfora ejemplificadora, cuando nos encontramos viendo el partido en el campo, donde la emoción de la grada nos contagia su entusiasmo y nos convierte de algún modo en seguidores perfectamente integrados en el ambiente. De igual manera, queremos hacer a nuestros alumnos forofos del lenguaje, entusiastas por su aplicación, conscientes de ir

progresivamente controlando y perfeccionando un procedimiento que ni siquiera cuando lleguen a ser adultos conseguirán dominar, pues ven a sus mayores, con el mismo interés que ellos tienen por aprender y enriquecerse, mejorando constantemente ese conocimiento lingüístico.

Además, no olvidemos que estamos frente a niños que presentan un nivel de inteligencia normal, incluso superior, en algunos ámbitos del desarrollo, como pueden ser los clásicos, el creativo o el motor. Por necesidad orgánica, se mantienen en actividad constante, expresando todo su potencial cuando ven que el contexto del entorno los acoge y valora, y en ocasiones, si así se lo propone, les estimula y ayuda.

Se trata, pues, de factores que facilitarán un estilo de enseñanza-aprendizaje preventivo que resultará clave. Es importante actuar sobre los “signos de riesgo” de un modo constructivo, positivamente, y generar el necesario ambiente favorecedor que estimule el proceso madurativo del lenguaje del pequeño, y lo convierta en protagonista de su propia destreza. Que además, luego, en su momento, pueda ser diagnosticado como disléxico. No pasa nada. Se le aplicará el tratamiento y la intervención oportuna. De momento, en el periodo infantil del aprendizaje, habremos conseguido normalizar el desarrollo y generar recursos expresivos y comunicativos fundamentales para saber convivir con el problema, desde la normalidad, conscientes de ello, conociéndolo y aportándolo, con seguridad. Eso ya es mucho. ■

Para saber más

- DISFAM (2010). *PRODISLEX: protocolos de detección y actuación de dislexia*. Material disponible en la web de esta Asociación: <http://www.disfam.net/prodislexpdf/infantil.pdf>
- GARCÍA MEDIAVILLA, L.; MARTÍNEZ, M. DE C., y QUINTANAL, J. (2001). *Dislexias: diagnóstico, recuperación, prevención*. Madrid: UNED.
- MONFORT, M. (2004). *Leer para hablar. Adquisición del lenguaje escrito en niño con alteraciones del desarrollo y/o lenguaje*. Madrid: ENTHA Ediciones.
- VALLÉS ARÁNDIGA, A. (2008). *Dislexia* (colección, 3 tomos). Valencia: Promolibro.